

el cielo irritado y el siglo culpable, no fueron otros que conducirnos á la patria celestial por la imitacion de sus virtudes. Despertemos pues del sueño de la muerte que hasta hoy nos embargaba, y pensemos que santa Filomena será tal vez la última conciliadora que suscite el cielo para unir todos sus miembros con su cabeza. Esta idea es de vida ó muerte para todos. Elegid: los vicios arrastran al pecador á los eternos ardores del abismo; y la conversion verdadera y pronta seguida de frutos dignos de penitencia, nos elevarán de seguro á la santidad que merece la corona inmortal. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Erit sepulchrum ejus gloriosum.

Su sepulcro será glorioso.

Isaias, c. 11. v. 10.

¿A donde va el orgulloso y pujante general de los ejércitos del rey de Asiria seguido de numerosas huestes, respirando odio contra el Dios de Israel, con la blasfemia en los labios y la impiedad en el corazón? Yo le veo con un ejército de ciento veinte mil soldados de infantería y veintidos mil de caballería, y un crecido número de cautivos y jóvenes que arrastra en pos de sí de todas las ciudades que ha sojuzgado, avanzar por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain, dirigiéndose por Belma hasta Chelmon, situado enfrente de Esdreton (1). Ya está delante de los muros de Betulia; ya ha cortado las aguas á sus habitantes; ya estos afligidos por la sed, determinan franquear las puertas al enemigo; ya está señalado el plazo, y solo les restan cinco dias para esperar las misericordias del Señor. Entretanto el blasfemo jefe de los sitiadores medita una cruel venganza. El templo, el altar, el sacrificio, todo va á desaparecer, todo va á ser víctima de su saña. Gran Dios! ¿Será posible que así abandoneis á vuestro pueblo en manos de sus enemigos? ¿Habrá de coronarse la impiedad con los laureles del triunfo? ¿No os mueven á clemencia las ofrendas de los sacerdotes, los gemidos de los ancianos y los lamentos

(1) *Judith, c. 7. v. 2 et 3.*

de los parvulillos? Pero, ¡oh adorable Providencia! tú tienes sobre los tuyos designios superiores á la comprension del hombre; tu sabrás disponer los medios mas oportunos para que Israel salga vencedor de los ejércitos del tirano. ¿Y á quién escogerá el cielo para ser el instrumento de sus misericordias? ¡A una mujer!! Vedla ya en presencia de Holoférnes. Ved á este cautivo entre sus lazos... ¡Dios de los ejércitos, fortaleced su brazo!... Cayó la cuchilla!... murió el impío!... Victoria! Victoria! Betulia es libre! ¡el pueblo santo ha despedazado sus cadenas! Cantad, doncellas, himnos festivos al Dios de vuestros padres: una mujer ha cubierto de afrenta la casa del rey Nabucodonosor. « ¡Oh mujer singular! tú eres la gloria de Jerusalem; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestra nacion. Porque has amado la castidad, la mano del Señor te ha confortado; y por lo mismo serás bendita para siempre. » Y todo el pueblo gritó: Así sea! Así sea!

Tales son, católicos oyentes, los acentos que hoy repite á competencia el pueblo cristiano, congregado bajo las bóvedas sagradas de este templo á solemnizar las glorias de una nueva Judit. ¿Y con cuánta razon? Ah! Lancemos una rápida ojeada hácia los dias que ya pasaron. ¿No veis cuál se avanza orgulloso el siglo de la impiedad tremolando por donde quiera el negro pendon del ateismo y del error, y que á manera de leon que rugiendo se arroja sobre su presa, devora las almas, desprecia la ley de Jesucristo, profana el santuario é insulta al cielo y á la tierra? ¿No veis al sacerdocio abatido, solitarios los caminos de Sion, convertida en mortal palidez la hermosura de Jerusalem, su gloria oscurecida, sus riquezas arrebatadas por manos sacrílegas, y su corazon hecho un mar de dolor? Tal era, señores, la situacion de la casta esposa del Cordero dominador del orbe en los primeros años del presente siglo. La iglesia de Jesus asediada por todas partes de unos nuevos asirios, capitaneados por un jefe cuyo carácter era el de la bestia, cuyo nombre era ERROR, cuyo aliento era BLASFEMIA, y en cuya frente estaba escrito DESOLACION, gemia inconsolable y solo esperaba su auxilio de sobre la cima de la montaña santa. Ah! sí, en el cielo estaba el custodio de Israel; pero yacía en la tierra la que este tenia destinada para ser la gloria de la Jerusalem militante, el gozo del Israel de la gracia, y honra y prez del pueblo escogido. Ábrense las subterráneas bóvedas del

cementerio de Priscila; preséntase una tumba; la lápida sepulcral adornada con ciertos signos misteriosos llama vivamente la atencion de los circunstantes... ¿Qué es esto? *Una áncora... una flecha... una palma... un látigo... otras dos flechas... una azucena...* ¿No hay mas? Sí, *una inscripcion.* Leámosla: *Filomena, la paz sea contigo.* En esto el sepulcro se abre, y aparecen los restos de una vírgen mártir, y junto á ellos un vaso que contiene sangre desecada. ¡Huesos áridos, hablad! ¿Quién sois? Señor! introducid en ellos un espíritu de vida, y sepa el pueblo cristiano á quién honra en esa urna sepulcral... Prodigio! el cielo habla; los misterios de la divina Providencia son revelados á los pequeñuelos y humildes de corazon; la tumba se convierte en trono; Filomena es una taumaturga; á su presencia ó con su invocacion, los ciegos ven, los mudos hablan, andan los tullidos, resucitan los muertos, la piedad se enardece, el vicio huye, y el monstruo del error y de la impiedad brama en su derrota, avergonzado y confuso en presencia del sepulcro. ¡Oh tumba ilustre! ¡oh restos preciosos! ¡oh cenizas sagradas! ¡victoria á la virginidad! ¡victoria á la fe! ¡honor, gloria y bendicion al Dios de los mártires.

¿Pero á dónde me conduce mi entusiasmo? ¿Vengo yo únicamente á esparcir flores estériles sobre el sepulcro de Filomena? No, católicos, no es este mi objeto en la presente festividad. En el empeño de celebrar los triunfos de la tierna vírgen, no he olvidado un momento vuestra instruccion. Las glorias de su sepulcro son las glorias del cristianismo. Así que me cumple en este dia haceros ver lo que esta religion debe á Filomena, ó mas bien los frutos que el cielo se propusiera sacar de la manifestacion de sus sagrados restos. El sepulcro pues de nuestra vírgen mártir es no ménos glorioso por los recuerdos que ofrece á la piedad, que por los grandiosos resultados que ha proporcionado á la religion católica. En este concepto me complazco en considerarle como un triunfo brillante de la fe. Primeramente: « porque es un monumento que, recordando un singular prodigio de heroísmo y de fortaleza cristiana, confundió la incredulidad de un siglo en que mas pujante y orgulloso se ostentaba el error. En segundo lugar: « porque es un monumento que, multiplicando las maravillas, ha excitado y promovido la fe y la piedad en unos dias en que mas cundía la impiedad y el libertinaje de las pasiones. »

Erit sepulchrum ejus gloriosum. Ved aquí la division de mi discurso. Imploremos la gracia del Espíritu divino por la intercesion de la Reina de las vírgenes, saludándola al efecto con las palabras del ángel: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

« El necio dijo en su corazon: No hay Dios (1). » Este grito de impiedad cundió prodigiosamente de siglo en siglo entre los malaventurados descendientes del primer homicida, y se prolongó hasta las edades mas remotas, como el ruidoso zumbido del trueno se prolonga por las hondas concavidades del valle y por las corrientes de un rio caudaloso. El siglo filosófico por excelencia lo repitió por mil bocas y lo hizo resonar mas allá de las islas y de los mares. « El Señor echó desde el cielo una mirada sobre los hijos de los hombres, para ver si habia alguno que tuviese juicio ó que buscase á Dios. En vano! Todos se han extraviado; no hay siquiera uno que obre bien. Su garganta es un sepulcro destapado; con sus lenguas están forjando fraudes; debajo de sus labios hay veneno de áspides; sus piés son lijeros para ir á derramar sangre; todos sus procederés se dirigen á afligir y oprimir al prójimo; nunca conocieron el sendero de la paz; ellos hacen profesion de la iniquidad y ponen en ridículo al desvalido, cuando pone en el Señor su confianza. Oh! ¡Quién enviará de Sion la salud para Israel? »

Semejantes á estos eran los gemidos de la iglesia católica á principios del siglo XIX, al ver triunfante el error y oscurecido el brillo de la fe. Dios y su providencia adorable eran los principales objetos de los envenenados tiros de la incredulidad. Mirábanse como fábulas los dogmas; los milagros como ensueños; todo el edificio de la religion parecia crugir y balancearse, bien así como las vetustas ruinas cuando son azotadas por el impetuoso huracan. Entónces fué cuando una voz del cielo resonando en el fondo de las catacumbas, llamó al polvo de un sepulcro; vivificó los carcomidos huesos de una vírgen llamada Filomena ó hija de la luz; y colocándolos sobre los altares, hizo ver al mundo incrédulo que habia un Ser eterno,

1) *Psalm. 13. v. 1.*

una Providencia madre de los humanos, una religion que es espíritu y verdad, una vida eterna, y un triunfo perdurable para los que creen en Dios y en el Cordero. En efecto ¿quién es esa que á manera de aurora risueña se levanta de entre las negras sombras de una tumba para alegrar y consolar á los hijos de la iglesia católica? Los misteriosos símbolos que adornan la tosca lápida están mudos; y sin embargo los fieles experimentan un secreto placer que les embelesa y encanta. Ah! es una mujer.... una niña.... una vírgen! El cielo no quiere que el mundo viva por mas tiempo privado de este tesoro, porque á él se hallan vinculadas las mas lisonjeras esperanzas para la religion. Mil y quinientos años han transcurrido ya desde que ella triunfó en el seno de esa misma Roma de todo el poder del infierno, y hoy la providencia del Señor desgarrando los velos que ocultaban su memoria, la propone á un siglo incrédulo como modelo de fe y de fortaleza cristiana.

¿Con que el cielo ha hablado en favor de Filomena? Sí, mundo carnal y materializado: el cielo es quien nos ha descubierto la gloria de Dios y héchonos patente el precio inestimable de esa obra de su omnipotente diestra. ¿Pues qué es imposible la revelacion? Menguados! ¿Háse por ventura disminuído el poder del Altísimo? ¿No es hoy el mismo que era ayer, y el que será por todos los siglos? El que en otro tiempo se sirvió hablar á nuestros primeros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por medio de los profetas, y últimamente por medio de su hijo Jesucristo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas, ¿ha agotado el manantial de sus misericordias? ¿Ha enmudecido para siempre? No; la revelacion subsiste hoy como en todos tiempos, y esta es la que nos ha descubierto en estos últimos dias lo que por espacio de quince siglos habia tenido oculto el Señor en los altísimos consejos de su sabiduría. Enmudece pues ¡siglo de tinieblas! y recibe respetuoso la luz que te envía el cielo. ¿Fú necesitabas un incentivo que reanimase tu fe casi apagada, merced á tus insensatas teorías y á tus doctrinas desoladoras, y por eso te propone á esa tierna vírgen como objeto de tu eterna confusion.

La Grecia vió nacer en los últimos años del siglo II esa rosa hermosísima, que colocada un dia en el ameno Eden de Jesus, estaba destinada á aromatizar el mundo con su suave fragancia.

Hija de príncipes y descendiente de reyes, sus sienes parecían destinadas á ceñir diademas, y sus manos á empuñar cetros. Pero no, no en vano la habia hecho brotar el cielo de entre las espinas del gentilismo; no en vano habia dispuesto que fuese fruto de la oracion y de la gracia. Sus padres, que gimiendo en la esterilidad elevaban diariamente plegarias y ofrecían inútilmente sacrificios á sus dioses, conviértense al cristianismo por las exhortaciones del médico Publio; oran al Dios verdadero, y en el momento les es concedido este fruto de bendicion. ¿ Pudiera el mundo reclamar su posesion? No; era una víctima destinada para el cielo. Los ángeles tejian allá en las alturas una guirnalda para coronar su virginidad, y una palma para ornamento de su martirio. Los momentos decretados por el Altísimo se acercan. ¿ La veis cuál camina á la capital del mundo conducida por sus padres? Trece años cuenta nada mas, y ya sin saberlo se dirige al lugar del sacrificio. Apénas la ha visto Diocleciano, cuando su corazon ha quedado preso en los lazos de su angelical belleza. Pide su mano al autor de sus dias, y le promete en cambio toda su proteccion, todo su poder y las fuerzas todas de su imperio. El padre acepta desde luego la proposicion deslumbrado con el brillo de un honor que jamas llegara á imaginarse, y de acuerdo con su esposa, nada omite para persuadir á la tierna vírgen que es preciso complacer al emperador. Oh! ¡ cuán grande fué el sentimiento de Filomena al oír este lenguaje! Estremécese su alma candorosa; tiembla; se desmaya; pierde el color; á la purpúrea rubicundez de sus mejillas sucede una palidez de muerte. Del mismo modo acontece al tierno clavel, cuando apénas salido del capullo es sorprendido por el viento abrasador del sur. Reanimada empero la inocente vírgen, se dirige á sus padres y les dice: « Cómo! « ¿ Es posible que de este modo me aconsejéis? ¿ Quereis que « por amor á un hombre, falte á las promesas que hace dos « años hice á Jesucristo? Á él pertenece mi virginidad, y así « no me es posible disponer de ella. »

En vano los padres de Filomena la representan lo tierno de su edad cuando se decidió á contraer este empeño; inútilmente ofrecen á su vista los peligros á que va á exponerles, la cólera de Diocleciano que va á ensangrentarse contra su familia, la pérdida de sus estados, la desolacion de su patria, el exterminio de sus vasallos.... Nada es capaz de rendir aquel

corazon inexpugnable. Sensible á las emociones de la naturaleza, enternécese al ver arrojados á sus piés á los autores de su ser; pero fiel á las inspiraciones de la gracia, desentiéndose de las caricias, desprecia las amenazas, y con voz firme y resuelta, « No, les dice, no es posible acceder á vuestras plegarias: Dios y la virginidad que le he consagrado, son ántes « que todo, ántes que vos, ántes que mi patria; mi reino es el « cielo. »

Fanatismo! gritará tal vez el espíritu de impiedad al oír estas sublimes palabras de la casta Filomena; y atribuyéndolas á un momento de delirante vértigo, no se persuadirá á que sea capaz de sostenerlas en una prueba mas dura. Oh! te engañas, sí, te engañas. Ven; siglo arrogante! tú que creyéndote invencible por la fuerza de tus teorías, tiemblas convulsivo á la menor sombra de peligro, ven y verás si la gracia es superior á la naturaleza, y si la fe obra prodigios. Contempla atento el espectáculo que se ofrece á tu vista en el seno de la soberbia ciudad de los césares. Una niña que apénas comienza á vivir, tímida como la paloma que hasta entónces no ha salido del nido paterno, ni ha conocido mas que los agasajos de la ternura maternal, está en presencia de una corte que dicta sus leyes al oriente, al occidente, al setentrion y al mediodía. Á su diestra ve dorados palacios, magníficas coronas, pedrerías, brillantes, fausto, regalo, ostentacion, en una palabra, el dominio del mundo. Á su siniestra, horribles cárceles, férreas cadenas, tormentos, verdugos, hambre, agonías, muerte. Un mortal que recibe inciensos casi divinos, ante quien los reyes tiemblan, á quien obedecen los imperios, á quien los mares y la tierra rinden vasallaje, y en cuyas manos ruedan los destinos de todo cuanto respira, arrójase á sus piés y la pide su mano. No hay mas que dos caminos: ó aceptar, y entónces se sentará con él en el trono y será dueña de todos sus tesoros, ó negarse, y entónces experimentará todo el furor de su cólera. ¿ Qué eliges oh tierna vírgen?... La eleccion está hecha: « Jesucristo es ya mi esposo », dice Filomena, y esta palabra decide de su destino. Oh fe! Oh religion sacrosanta! ¡ cuán poderosa eres para triunfar del corazon! Tú haces de las almas mas débiles prodigios de valor y de heroísmo; tú conviertes los pequeñuelos en guerreros invictos del pueblo de Israel; tú destrozas los

enormes gigantes por el ministerio de los mas desvalidos de la casa de Isai.

Si, católicos, el gigante fué vencido; y no ya con la honda del pastor, ni con las piedras del torrente, sino con la fe de una niña virgen. ¡ Hé aquí la que triunfa del poder de Diocleciano, y sale victoriosa del error y de la impiedad del mundo! *Hæc est victoria quæ vincit mundum : fides!* Luche contra ella el tirano, luchén las cárceles, luchén las cadenas, luchén las flechas, luché el hambre, luchén los azotes, luchén los dardos encendidos, luchén las aguas del Tíber, luché en fin la espada del verdugo... La fe es mas poderosa que todo; ni la sangre que inunda las carnes virginales de Filomena, ni las angustias que hacen desfallecer sus fuerzas, ni los dolores que atormentan sus purísimos miembros, ni el aspecto estremeedor de los monstruos, nada la acobarda. ¿ Y qué podrá temer despues de haber visto á la estrella del mar, María reina de las vírgenes que la ha asegurado la victoria? Ah! La aurora divina ha descendido á la lobreguez del calabozo do yace la hija de la luz, y la ha llenado de un gozo celestial. ¿ Qué espera el tirano? ¿ juzga ablandar todavía su corazon? ¿ piensa sacar partido de la ternura filial? Tal vez los lastimeros ayes de un padre que en ella, como en el único vástago que queda de su familia, funda la esperanza de su posteridad, la hagan adoptar otro partido.... Quizás la muevan los gritos penetrantes de una madre que sucumbe á la fuerza del dolor... Imposible! La fe debe triunfar de la seducción y del error. Escrito está por el dedo de Dios en el libro de los eternos destinos, y nada será capaz de trastornar el plan del Omnipotente. Ved ya preparado el sacrificio; armado está el sacrificador.... Cayó el golpe... Sucumbió la víctima... Filomena espira, y la fe queda triunfante y victoriosa: *Hæc est victoria quæ vincit mundum : fides!*

Tal es, católicos oyentes, el triunfo que nos recuerda el sepulcro de LA GRAN SANTA, como la llamó el pontífice Leon XII, de feliz memoria. ¿ Y quién duda que este se renueva hoy, haciendo aparecer ornada de laureles á la fe católica, y tanto mas gloriosa, cuanto mas pujante y orgullosa se ostenta la incredulidad? ¿ Dudaríamos ya de los designios de la Providencia en descubrir este tesoro en una época tan lamentable? Ah! siglo aciago! tú corrias preñado de errores, y rebosando por donde

quiera muerte y desolacion, arrastrando en pos de ti millares de esclavos que uncías á tu carro victorioso. Tú, insultando la fe de los cristianos, sembrabas en las almas la cobardía y el temor, y meditabas realizar en el seno de la iglesia planes de apostasia universal. Hinchado con tus sucesos, mirabas con placer la destruccion del antiguo edificio fundado sobre los cimientos de los apóstoles y de los profetas; te saboreabas en la idea de completar tu obra; y creyéndote ya sentado sobre sus ruinas, comenzabas á entonar un himno de triunfo. Pero una piedra desprendida de lo alto de la montaña hizo pedazos la estatua del ídolo que querias colocar en el centro de la militante Jerusalem. Un poco de polvo salido de un sepulcro desbarató tus proyectos. Viste un cadáver y te llenaste de pavor y de estremecimiento. Cómo! ¿ Tiemblas ante la nada? ¿ No has gritado y gritas aún que la tumba es el término del hombre? ¿ No has enseñado y enseñas que mas allá de la muerte no existe sino el caos? ¿ Por qué pues, oh siglo que apellidas á los tuyos *espíritus fuertes*, te manifiestas sorprendido y medroso á vista de unos huesos, que despues de mil y quinientos años que han permanecido en la mayor oscuridad, se extraen hoy de entre las ruinas de un cementerio? Oh Señor! Vos sois el autor de este prodigio, y solo vos sois capaz de saber cuáles hayan sido vuestros eternos designios en manifestar al siglo incrédulo por excelencia, el sepulcro de una pura y tierna virgen ignorada tanto tiempo del mundo! Ello es cierto, que al contemplar ese monumento de fe y de heroísmo cristiano que á través de tantas generaciones pasara desapercibido, la generacion moderna pasmada y atónita no ha podido dispensarse de pagar un justo tributo de admiracion á esa misma religion que tanto ha despreciado. Lo singular de su aparicion, las circunstancias que la han acompañado, la prodigiosa rapidez con que se ha extendido su noticia por todos los pueblos, la honda impresion que ha hecho en los corazones mas indiferentes, son hechos públicos y de consiguiente innegables. ¿ No tendremos pues motivo para considerar el sepulcro de Filomena como un triunfo de la fe? No dudamos asegurarlo; y tanto mas, cuanto que no solamente es un monumento que excitando grandes recuerdos, confundió la incredulidad de un siglo en que mas pujante y orgulloso se ostentara el error, si que tambien multiplicando los prodigios, ha excitado la fe y promovido la piedad